

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

18/2015

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Sánchez Costa, Enrique, *El resurgimiento católico en la literatura europea moderna (1890-1945)*, Madrid, Encuentro, 2014  
(Ignacio Olábarri)  
pp. 279-285



Universidad  
de Navarra

---

Sánchez Costa, Enrique, *El resurgimiento católico en la literatura europea moderna (1890-1945)*, Madrid, Encuentro, 2014, 374 pp. ISBN: 978-84-9055-037-3. 29€

Introducción. I. El *Renouveau Catholique* francés. 1. El París *fin de siècle* y las primeras conversiones. 2. Claudel y la constelación de la *Nouvelle Revue Française*. 3. El caso Gide y la batalla en torno a la *Nouvelle Revue Française*. 4. La constelación Maritain. 5. Maritain entre las vanguardias. 6. El catolicismo francés ante la condena de *Action Française*. II. El *Catholic Revival* inglés. 1. Newman y el Movimiento de Oxford. 2. El «protestantismo líquido» y las conversiones de R. H. Benson y Ronald Knox. 3. La constelación Chesterton. 4. Graham Greene, Evelyn Waugh y la santidad del antihéroe. III. El Resurgimiento católico en España. 1. Catolicismo, liberalismo y discurso revolucionario durante el siglo XIX. 2. El cristianismo agónico de Unamuno y el catolicismo vitalista de Joan Maragall. 3. Antonio Marichalar, José Bergamín y el catolicismo renovador de *Cruz y Raya*. 4. Ramiro de Maeztu: testigo de la crisis espiritual y política de la modernidad. 5. La tentación fascista en R. Sánchez Mazas y E. Giménez Caballero. Conclusión.

El título de este magnífico primer libro de Enrique Sánchez Costa puede confundir a quien se acerque a él, porque no es solamente una obra de historia literaria, sino también de historia intelectual y cultural de la Europa de la primera mitad del siglo XX. Simplemente a través de la lectura del índice queda de manifiesto que el autor se centra en los casos francés, inglés y español, pero a lo largo del libro no faltan tampoco las referencias a autores de otros países, así como a artistas plásticos y músicos. La confección de un índice onomástico, que se echa en falta, habría permitido detectarlo con facilidad.

En su «Introducción», Sánchez Costa cita reiteradamente el diario del fundador del dadaísmo europeo, el alemán Hugo Ball, que, muy influido en sus primeros pasos por el pensamiento de Nietzsche y en diálogo con Ernst Bloch, acabará convirtiéndose al catolicismo en 1920. También resume el artículo que Luis de Zulueta publicó en 1929 en *Revista de Occidente*, pese a que ésta, por decisión de su fundador, Ortega y Gasset, excluía de su seno las cuestiones religiosas. El artículo se titulaba «¿Un renacimiento católico? Liturgia y espíritu» y ofrecía, según Sánchez Costa, «una radiografía muy profunda del fenómeno que me propongo explicar en este libro» (p. 22). Afirma que «se ha estudiado mucho cómo, durante la crisis de la modernidad, se buscó la trascendencia tanto en religiones o mitologías políticas seculares [fascismo, nazismo, comunismo], como en espiritualidades no cristianas» (p. 23) y cita a propósito el conocido libro de Roger Griffin *Modernism and fascism* (Basingstoke, 2007); pero —continúa escribiendo nuestro autor—, «ante nuestra sorpresa, no aparece por ningún lado el catolicismo, ninguna página, ninguna referencia sustantiva. El libro de Griffin, innovador en otros ámbitos, se suma en este aspecto al paradigma historiográfico actual, que omite el renacimiento del catolicismo en la cultura moderna. Este vacío bibliográfico es el que me propongo subsanar con esta obra, cuyo objeto de

estudio es el resurgimiento del catolicismo en la literatura europea moderna» (*loc. cit.*).

Si bien solo en España se han publicado obras que analizan también con rigor el asunto que aborda Sánchez Costa –baste con referirse a historiadores como Gonzalo Redondo, el argentino Mariano Fazio y Onésimo Díaz– y no conviene dejar de recordar desde el primer momento la muy importante y conocida *Littérature du XXè siècle et Christianisme* (6 vols.) de Charles Moeller, es cierto que el libro de nuestro autor debe ser calurosamente bienvenido.

En él se analizan sucesivamente el *Renouveau Catholique* francés, el *Catholic Revival* inglés y el Resurgimiento católico en España entre 1890 y 1945, pero sin que falten en cada caso los imprescindibles antecedentes: en Francia, la «embestida» simbolista contra la literatura naturalista y las conversiones de Huysmans o Bloy; en el Reino Unido, Newman y el Movimiento de Oxford, además de los poetas conversos Patmore y Hopkins –predecesor de Tolkien en el gusto por la germanización del inglés–; en España, católicos tradicionalistas como Menéndez Pelayo o Donoso Cortés, el «juste milieu» de Balmes y católicos liberales como Emilio Castelar, que acabaría abandonando la práctica de la fe, influido tanto por el antiliberalismo de Pío IX como por el krausismo español, que cristalizaría en la Institución Libre de Enseñanza, y por último, los «sectores intelectuales más críticos con el orden social» (p. 254), como el Pérez Galdós del drama *Electra*, el anarquismo (en el que el autor incluye al primer Lerroux) y el socialismo (sin olvidar aquí al primer Maeztu). El autor también muestra su profundo conocimiento de la literatura europea de otras épocas, así como una gran familiaridad con la Biblia y con los grandes clásicos del pensamiento cristiano.

Aunque sus raíces profundas fueran anteriores, la crisis de la modernidad se desata en Europa con el fin de la *belle époque* y el desencadenamiento de la trágica Gran Guerra. En el mundo intelectual francés, por ejemplo, tendrán una gran repercusión las muertes en el frente de combate del gran escritor converso Charles Péguy, de Alain-Fournier y de los también conversos Ernest Psichari y de Pierre Villard, estudiante y amigo de Maritain. Tanto en Francia como en el Reino Unido destaca el influjo que en los procesos de conversión –o de perversión– de algunos escritores de primera magnitud (Hopkins, Wilde, Julien Green, André Gide, entre otros) tiene su condición y/o su conducta homosexual.

En Francia estudia Sánchez Costa los dos «centros neurálgicos del *renouveau catholique*» (p. 43): Paul Claudel y Jacques Maritain y las «constelaciones» de intelectuales y artistas que conviven con ellos. Paul Claudel (1868-1955), nacido en el seno de una familia no creyente, pronto asumió el materialismo positivista que empapaba el París de fines del siglo XIX, motivado quizá especialmente por la conocida *Vida de Jesús* de Ernest Renan (como escribe nuestro autor, la conversión en 1913 del nieto de Renan, Ernest Psichari, «sería entendida por muchos como el desquite de la nueva generación respecto a la anterior

## RECENSIONES

positivista» (p. 41). Después de su repentina conversión – «el acontecimiento que domina toda mi vida» –, que relató en unas páginas célebres, Claudel compatibilizó durante toda su vida su carrera diplomática con su pasión por la poesía y el drama.

Su amplio epistolario discurre en muchos casos paralelo a las conversiones que propició, entre ellas las del poeta Francis Jammes y de los escritores e iniciadores de la *nouvelle critique* literaria Jacques Rivière y Charles Du Bos. Claudel, quien, como el también converso Giovanni Papini, criticaría la calidad literaria tanto de la mayoría de las hagiografías dirigidas a católicos como las Vidas de Jesús «científicas» – una crítica que facilitó que autores como Chesterton, Péguy, Waugh, Mauriac, Undset, G. von Le Fort o Werfel renovaran el género –, escribió siempre en clave universalista y de acción de gracias a Dios. A diferencia de Maritain, apoyó al bando nacional durante la guerra civil española y también disintió de la reforma social maritainiana.

Su «carencia absoluta de inteligencia emocional, de empatía, de incapacidad de comprender al otro» (p. 69) en las relaciones con aquellas personas que obraban en contra de la doctrina católica le impidió ayudar en sus peores momentos a antiguos amigos como el novelista André Gide, una de las figuras centrales (junto al propio Claudel, el también converso Henri Ghéon, Valéry Larbaud o el ya citado Jacques Rivière) de la *Nouvelle Revue Française*, fundada en 1908 y que fue «indiscutiblemente, la revista literaria francesa más importante de la primera mitad del siglo XX» (p. 66).

De Gide dirá nuestro autor que era «el líder de la revista, alrededor del cual se tomarán las decisiones y se tejerá la red de colaboradores» (p. 67). El principal obstáculo entre Gide y Claudel lo constituyó la condición y, sobre todo, la conducta homosexual de Gide y la publicidad que hizo de la práctica homosexual en algunas de sus obras como *Corydon*, novela que en 1923 Maritain aconsejó al futuro Premio Nobel que no publicara. En esa relación Gide-Claudel, Sánchez Costa nos habla del «dogmatismo beligerante» del segundo y de su «utilización interesada – proselitista – de la amistad, pues parece no entender que Gide pueda desear hablar con él, aunque no sea de religión» (p. 92). La actitud de Claudel contrasta con la capacidad de simpatía hacia el otro de otro futuro Premio Nobel, François Mauriac, que vivió en 1929 su propia conversión interior al modo pascaliano; pero no se puede olvidar lo que escribe en su diario otro escritor converso y de condición homosexual, Julien Green: «después de mi retorno a Francia en 1945 no tuve nunca la oportunidad de ver a Gide sin que tratara, de un modo u otro, de causar un perjuicio a mi fe» (p. 83). En la «constelación» Claudel nuestro autor estudia también a otros escritores y pensadores conversos como Gabriel Marcel – cuyo padrino de bautismo sería precisamente Mauriac – o Jacques Copeau.

Más importante aún para el autor es «la constelación Maritain». Maritain – afirma Sánchez Costa – «fue, sin duda, el corazón intelectual del *renouveau*

## RECENSIONES

*catholique* francés (...). Sus ideas contribuirán a articular la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) y asentarán los cimientos de la democracia cristiana europea. En el ámbito eclesial, Maritain será el primer laico invitado a participar en el Concilio Vaticano II y el encargado de leer su Mensaje a los intelectuales (...). Será tan amplio y profundo su fulgor, que puede considerarse a Maritain, entre los laicos, el pensador católico más influyente del siglo XX» (p. 84).

Educado por su madre en el protestantismo liberal, Jacques Maritain pronto conoce a la que será desde 1904 su esposa, Raïssa Oumançoff, rusa de familia judía, y después de verse influido por Henri Bergson y por el socialismo, en 1906 se convierte. Con la herencia de su admirador Villard, Maritain adquirió su casa de Meudon, en las afueras de París, para el autor «uno de los centros intelectuales y espirituales más importantes de Europa» (p. 99): allí tendrán lugar, hasta la Segunda Guerra Mundial, los Círculos Tomistas, que incluían retiros espirituales cada vez más concurridos, reuniones ecuménicas e interreligiosas entre judíos y católicos. Pero Meudon fue también un importante centro de atracción para muchos artistas de vanguardia. El influjo de Maritain entre la vanguardia artística y literaria europea de su época proviene no sólo de su importante libro *Arte y escolástica* (1920), sino también de su amistad con pintores como Georges Rouault, Max Chagall o Gino Severini, el pintor y escritor Max Jacob o los escritores Jean Cocteau o Pierre Reverdy. La influencia de Maritain y su círculo se expandiría también a través de la *Revue Universelle* – fundada en 1920 y ligada al movimiento *Action Française* – y de la colección literaria *Le Roseau d'Or*, dirigida desde 1925 por nuestro filósofo, que publicaría varias decenas de libros entre 1925 y 1932: el de más éxito, la novela del muy notable escritor católico Georges Bernanos *Bajo el sol de Satanás* (1926).

No podemos, por último, dejar de referirnos al protagonismo de Maritain en la reconducción de la intelectualidad católica francesa – y no sólo francesa – después de que, en 1926, Pío XI condenara algunas obras del fundador de *Action Française*, Charles Maurras. Maritain, que estuvo entre los 54 firmantes del manifiesto maurrasiano «Por un Partido de la Inteligencia», de 1919, en 1927 se puso, junto con otros pensadores como Maurice Blondel, al servicio del Papa en la difícil tarea de alejar a la intelectualidad católica del influjo de un Maurras que era al mismo tiempo nacionalista, monárquico y positivista.

En Inglaterra Sánchez Costa destaca las conversiones y la obra de dos hijos de obispos anglicanos, Robert Hugh Benson, autor de la influyente distopía *Señor del mundo* (1907), y Ronald Knox, quien, ordenado sacerdote católico como Benson, «sería uno de los referentes del *Catholic Revival*, influyendo en las conversiones de Chesterton, de E. Waugh o del poeta antibelicista Siegfried Sassoon» (p. 204). Dedicó después nuestro autor buen número de páginas a la personalidad y la obra de Gilbert Keith Chesterton y a su recepción en Francia y en el mundo hispánico. En la «constelación Chesterton» (Hilaire Belloc – el úni-

## RECENSIONES

co miembro del *Catholic Revival* inglés no converso, fundador de la teoría social distribucionista —, el historiador y ensayista Christopher Dawson y, con una cierta distancia, el novelista Evelyn Waugh), «la crítica del anglicanismo tendrá una importancia marginal. Más allá del hecho de no ser eclesiásticos, su obra — como también la de los anglocatólicos T. S. Eliot y C. S. Lewis — abordará las grandes cuestiones filosóficas, políticas, artísticas y literarias que se plantearon en las primeras décadas del siglo XX» (p. 213).

Nuestro autor dedica especial atención a la «santidad del antihéroe» en la novela de otros dos conversos ingleses, Graham Greene y Evelyn Waugh. Se glosan con particular finura las que suelen considerarse las obras maestras de ambos, *El poder y la gloria* (1940) de Greene, y *Retorno a Brideshead* (1945), de Waugh. Pese a sus diferencias políticas y doctrinales, la amistad entre Greene y Waugh se estrechó con el paso de los años. En las novelas citadas, como en *La leyenda del santo bebedor* (1939), del austríaco de origen judío, también converso al catolicismo, Joseph Roth, el héroe es el «descastado»; son, como comenta con acierto Sánchez Costa, versiones contemporáneas comparables con «el relato del hijo pródigo, acaso el más bello de cuantos han sido nunca escritos» (p. 240).

También se presta atención al catálogo de la editorial, fundada en 1926, Sheed&Ward, que se propuso «crear un proyecto editorial dirigido al lector culto y crítico, que no demandaba “libros católicos”, sino literatura y ensayismo de calidad, que abordara cuestiones no necesariamente religiosas desde una perspectiva católica» (p. 219) y que no solo publicó obras de los escritores del *Catholic Revival* inglés, sino también de los principales exponentes del resurgimiento católico en la literatura y el pensamiento del resto de Europa, con la excepción de España.

Precisamente al caso español dedica Enrique Sánchez Costa la tercera y última parte de su obra y su tratamiento es, a mi entender, menos satisfactorio, no desde luego por desconocimiento del asunto, sino quizá porque en la literatura y el pensamiento de nuestro país es muy difícil deslindar entre los autores «católicos» y los «no católicos». Opta con todo nuestro autor por analizar la obra de algunas figuras de indudable dimensión: el que llama «cristianismo agónico» de Unamuno —en el que falta, a mi modo de ver, una consideración de sus novelas más importantes— y el «catolicismo vitalista» de su amigo el poeta catalán Joan Maragall. Se estudia también con mucho detalle la obra del crítico literario Antonio Marichalar — para mí una de las más agradables sorpresas del libro — y se presenta la polémica figura de José Bergamín, el fundador de *Cruz y Raya* (1933).

El autor define a Ramiro de Maeztu —fundador en 1931, junto con Eugenio Vegas, de *Acción Española*—, como «testigo de la crisis espiritual y política de la modernidad»; un Maeztu que coincide con su admirado Chesterton en la reivindicación de la tradición como condición para el progreso, pero que, a diferencia del inglés, que «extrae de los principios cristianos de libertad, igualdad y

dignidad humanas una fundamentación sólida de la democracia y del Estado social del bienestar», acabó «defendiendo un autoritarismo político teocrático que, a la postre, conculca el principio de libertad personal» (p. 327).

«El viraje político de Maeztu hacia un conservadurismo autoritario (...) guardaba cierta conexión con el fascismo» (*loc. cit.*) y de la «tentación fascista» de Rafael Sánchez Mazas y de Ernesto Giménez Caballero acaba hablando Sánchez Costa. Tras un breve intento de teorización del fascismo, el autor nos presenta al Sánchez Mazas corresponsal en Roma de *ABC* desde 1922 y testigo de la llegada al poder de Mussolini, autor de unas crónicas cuya «querencia fascista [es] cada vez más acentuada» (p. 334). El lector de este escritor «influido por los principios de romanidad, catolicidad, tradición y clasicismo que propugnaba la Escuela Romana del Pirineo» (p. 331) echa en falta, sin embargo, un análisis de sus principales novelas, en particular *La vida nueva de Pedrito de Andía* —es verdad que publicada en 1951, fuera del marco temporal adoptado por el autor—, de deliciosa lectura y buen ejemplo del profundo conocimiento de la obra de Dante del padre de Rafael Sánchez Ferlosio.

La «modernidad fascista» que nos muestra Sánchez Mazas se convierte en vanguardismo puro en el caso de Ernesto Giménez Caballero, fundador, en 1927, de *La Gaceta Literaria* y autor de «una obra de muchos quilates literarios» (p. 339). Giménez Caballero comenzó siendo compañero de casi todos los escritores vanguardistas españoles, de los que se distanció políticamente desde su periplo europeo de 1928 y, sobre todo, desde la publicación en 1929 de su programática «Carta a un compañero de la joven España». Sánchez Mazas y Giménez Caballero se convirtieron, respectivamente, en los poseedores de los carnets número cuatro y número cinco de la Falange Española fundada en 1933 por José Antonio Primo de Rivera, «una aleación —en acertada definición de nuestro autor— entre el modernismo fascista italiano y el tradicionalismo católico español, que atemperará tanto la violencia como la modernidad del fascismo» (pp. 349-350).

El autor concluye sus «páginas españolas» recordando la amistad entre Federico García Lorca y Primo de Rivera o entre Rafael Sánchez Mazas y el ferviente republicano y antifascista José Bergamín. «Estas amistades entre escritores —concluye el autor— son un testimonio agridulce de lo que pudo ser y no fue. Pero son también, al cabo, por encima de las aguas embravecidas del fanatismo, el odio y la violencia, un puente tendido a la reconciliación y a la esperanza, un canto a la hermandad que, aunque truncado en 1936, pudo retomarse —a través de concesiones mutuas— con la llegada de la democracia» (p. 352).

El libro se cierra —se echa en falta, además de un índice onomástico, una bibliografía final, que facilite el acceso a las obras que se citan en las mil notas que forman el aparato crítico— con una interesante conclusión en la que, además de reflexionar sobre el sentido del modernismo como alternativa a una modernidad en crisis y sobre las «religiones políticas» comunista y fascista y de

## RECENSIONES

intentar definir el modernismo estético y las vanguardias, nuestro autor cita *in extenso* el ensayo que Hannah Arendt publicó, en 1945 en *The Nation* titulado «Christianity and Revolution».

Al hilo de las reflexiones de Arendt, el autor se pregunta si se puede designar el movimiento católico como una respuesta moderna o incluso modernista a la crisis de la modernidad. Para evitar confusiones, sobre todo con el modernismo teológico condenado por Pío X, Sánchez Costa renuncia al término para referirse a los autores del resurgimiento católico, pero insiste en que este es un movimiento «de crítica de la modernidad desde la propia modernidad, que trata de articular una modernidad alternativa (...), un movimiento palingenésico, que ambiciona levantar un orden nuevo» (p. 370), bien desde el neotomismo (Chesterton, Maritain, Pieter van der Meer) bien desde el personalismo cristiano (Emmanuel Mounier, Gabriel Marcel, Romano Guardini).

Pero, más allá de las precisiones terminológicas, importa afirmar, como hace nuestro autor, en un libro por lo demás muy bien escrito, la aportación del resurgimiento intelectual y literario católico de la primera mitad del siglo XX: su denuncia de la clericalización histórica del catolicismo con el consiguiente desprecio de la vida laical, su revalorización del matrimonio y del trabajo, su reivindicación de la vida ordinaria como lugar de encuentro con Dios; en definitiva, «un nuevo concepto de santidad. Una santidad abierta a todos (...), una santidad que cuenta con las miserias humanas, que se apoya en la comunión eclesial y que no reside ya en acciones ascéticas estafalarias, sino en el callado y humilde “heroísmo del amor” [Maritain]» (373).

Todo ello le lleva a Sánchez Costa a asegurar que, «en cuanto a la renovación espiritual del catolicismo, la aportación de los autores del resurgimiento católico será muy significativa, hasta el punto de poder considerar a Maragall, Maeztu, Péguy, Maritain o Bernanos como precursores del Concilio Vaticano II» (p. 372). En definitiva, «el resurgimiento católico pudo afrontar sin temor la modernidad y lanzarse al encuentro de la cultura porque, en medio del torbellino moderno, entre la confusión y el caos de las primeras décadas del siglo XX, en un periodo de vanguardias y movimientos palingenésicos, supo articular una forma católica de palingenesis que no ofrecía sosiego, pero sí un sentido existencial y una esperanza eterna» (p. 374).

Enrique Sánchez Costa (Barcelona, 1985) es doctor en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra. Ha publicado artículos sobre literatura comparada en revistas académicas de España, Francia y Estados Unidos. Es profesor del Departamento de Español de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra de Santo Domingo (República Dominicana) y subdirector del portal bilingüe de historiografía y cultura histórica [www.culturahistorica.es](http://www.culturahistorica.es).

Ignacio Olábarri Gortázar  
Universidad de Navarra